

Editorial

LA CULTURA GITANA: EUROPA Y EL ARTE DEL ENCUENTRO

Es para mí un verdadero honor, tan grande como la responsabilidad que conlleva, presentarme ante ustedes como el nuevo director del Instituto de Cultura Gitana. Asumo la dirección del Instituto -fundación del sector público adscrita al Ministerio de Cultura- con el convencimiento de que la cultura constituye uno de los pilares esenciales de toda democracia que aspire a reconocerse en la pluralidad de sus voces y en la riqueza de sus diferencias.

Es cierto que la historia del pueblo gitano ha estado marcada por episodios de violencia, persecución, exclusión y discriminación. Sin embargo, también es cierto que reducir siglos de experiencia colectiva a una narrativa victimista sería incurrir en un falseamiento histórico. La historia gitana es, ante todo, y sobre todo, una historia de resistencia y lucha por la libertad; una historia de adaptación sin renuncia, de memoria sin resentimiento y de una extraordinaria capacidad para tender puentes allí donde otros levantaron muros.

En una época marcada por la polarización, el repliegue identitario y la sospecha hostil hacia la diferencia, la experiencia histórica gitana nos recuerda una verdad que atraviesa los siglos: las culturas más fecundas no son las que buscan preservarse mediante el aislamiento, sino aquellas que prosperan en el encuentro. Son las que se enriquecen mediante el intercambio de conocimientos científicos, lenguajes artísticos y literarios, códigos estéticos y tradiciones



espirituales; las que descubren, en el contacto con otros pueblos, nuevas formas de comprender el mundo y de responder a las grandes preguntas sobre la condición humana.

La creatividad democrática participa de esa misma lógica. La democracia no florece allí donde se pretende imponer una uniformidad ficticia, sino allí donde la pluralidad real puede expresarse libremente, confrontar ideas desde el respeto mutuo y generar nuevas formas de comprensión compartida. Del mismo modo que las culturas se hacen más fuertes a través del intercambio de bienes y saberes, las democracias más vigorosas

son aquellas capaces de transformar la diversidad de perspectivas en una fuente permanente de innovación social y renovación institucional.

La trayectoria histórica del pueblo gitano constituye, en este sentido, una poderosa reivindicación de una identidad cultural abierta y consciente de que la diversidad no representa una amenaza para la convivencia democrática, sino una de las condiciones que hacen posible su vitalidad. Forjada a lo largo de un extenso viaje entre territorios, lenguas y tradiciones, la cultura gitana ofrece un testimonio excepcional de la capacidad humana para habitar la diversidad sin renunciar a la propia identidad. Su historia demuestra que la pertenencia a una comunidad étnica no implica el aislamiento ni el repliegue identitario. Demuestra que la pertenencia a un pueblo es compatible con una dinámica de convivencia más amplia, donde la diversidad de experiencias y perspectivas constituye una fuente de enriquecimiento colectivo.

Lleva el pueblo gitano en sus venas gotas de agua de los ríos Indo y Ganges, del Tigris y el Éufrates, del río Jordán, del estrecho del Bósforo, de los ríos Volga y Danubio, del Rin, del Ebro y del Guadalquivir. Su historia es la de un viaje que atraviesa vastos territorios y civilizaciones. Un viaje que ha ido sedimentando, generación tras generación, una memoria cultural que conecta Oriente y Occidente en una misma experiencia humana de movimiento y aprendizaje. En esta historia itinerante, el caso del pueblo gitano en España constituye un ejemplo singular de esta realidad. Tras más de seis siglos de presencia en la península ibérica, la cultura gitana forma parte inseparable del patrimonio común del país. Al mismo tiempo, esa aportación histórica ha convivido con prejuicios persistentes y formas de discriminación que todavía hoy no han desaparecido por completo.

Por ello, la defensa de la cultura gitana es también una cuestión democrática. Proteger los espacios de creación, promover la participación cultural y garantizar la presencia de voces diversas en el debate público significa fortalecer la calidad

de nuestra democracia y ampliar los espacios de reconocimiento mutuo entre comunidades. La cultura constituye, en este sentido, un escenario privilegiado para canalizar el talento, la energía creativa y el compromiso ciudadano, contribuyendo a la construcción de una sociedad más abierta, plural y cohesionada. Esta tarea adquiere una relevancia particular en la actual encrucijada entre el mundo analógico y el digital. Las nuevas tecnologías están transformando profundamente las nuevas formas de creación y expresión artística y cultural. También están modificando los modos en que las comunidades construyen su memoria colectiva, representan su identidad y participan en la conversación pública. El pueblo gitano no puede quedar al margen de esta nueva era.

La revolución digital no constituye únicamente una transformación tecnológica. Es también una transformación cultural y política que está alterando los modos en que producimos conocimiento, compartimos significados, construimos vínculos y organizamos la participación social y democrática. Las redes digitales han multiplicado las posibilidades de conexión entre personas, comunidades y territorios, generando nuevos espacios para la creación, la circulación de ideas y el intercambio cultural. En este sentido, el ecosistema digital puede convertirse en una oportunidad extraordinaria para una cultura como la gitana, cuya historia ha estado marcada precisamente por el movimiento, el encuentro con los otros y la capacidad de establecer vínculos entre realidades diversas.

La participación de la cultura gitana en el espacio digital no puede limitarse a una mera presencia en las plataformas tecnológicas ni a la simple adaptación a nuevos formatos de comunicación. El verdadero desafío consiste en contribuir activamente a configurar ese espacio. Hoy, las fronteras entre el mundo online y el mundo offline son cada vez más difusas: las conversaciones que se producen en las redes influyen en la vida social y política, mientras que las experiencias, conflictos y aspiraciones de las comunidades

encuentran en el entorno digital nuevas formas de articulación, expresión y visibilidad. En este contexto, la cuestión no es únicamente ocupar el espacio digital, sino participar en la definición de los símbolos, las narrativas, los valores y los imaginarios que lo estructuran.

En este sentido, las nuevas generaciones de artistas desempeñan un papel fundamental en la configuración de los imaginarios culturales del siglo XXI, no como una ruptura con las generaciones precedentes, sino como parte de un diálogo intergeneracional que enriquece y amplía los horizontes de la creación artística. La relación entre artistas emergentes y creadores de trayectoria consolidada constituye un espacio privilegiado de intercambio de experiencias, saberes, lenguajes y sensibilidades, donde la memoria y la innovación dejan de percibirse como fuerzas opuestas para convertirse en elementos complementarios de un mismo proceso cultural.

En este encuentro, las generaciones más jóvenes aportan nuevas perspectivas vinculadas a los cambios tecnológicos, las transformaciones sociales y las formas contemporáneas de participación cultural, mientras que las generaciones más sénior ofrecen un valioso legado de conocimiento, experiencia y reflexión acumulada. De esta interacción surge una creatividad compartida capaz de responder a los desafíos de una sociedad cada vez más compleja, diversa e interconectada. Al mismo tiempo, el diálogo intergeneracional favorece la construcción de espacios de colaboración entre distintas disciplinas artísticas, impulsando formas de creación que trascienden las fronteras tradicionales entre las artes visuales, la música, la literatura, la danza, el teatro, el cine o las artes digitales.

En este contexto, la hibridación se convierte en una de las características más significativas de la cultura contemporánea. Las nuevas tecnologías, los entornos digitales y las dinámicas de colaboración en red facilitan la aparición de proyectos donde convergen múltiples lenguajes expresivos, dando lugar a experiencias artísticas

inmersivas, participativas y multidimensionales. Estas nuevas formas de expresión no sustituyen a las tradiciones artísticas existentes, sino que dialogan con ellas, las reinterpretan y las proyectan hacia nuevos escenarios de creación y recepción cultural. En una época marcada por profundas transformaciones tecnológicas y sociales, promover este diálogo entre artistas de distintas edades y procedencias supone fortalecer la capacidad de las sociedades para imaginar futuros compartidos, preservar su memoria colectiva y generar nuevas formas de creatividad capaces de responder a las necesidades y aspiraciones de las generaciones presentes y futuras.

En este sentido, la experiencia del pueblo gitano ofrece una valiosa tradición de intercambio cultural, diálogo entre generaciones y construcción de vínculos entre comunidades diversas. Proyectar esa experiencia hacia los entornos digitales significa trasladar al siglo XXI una cultura que, durante siglos, ha sabido conectar mundos distintos sin renunciar a su propia identidad. El desafío no consiste únicamente en adaptarse a las nuevas tecnologías, sino en participar activamente en la configuración cultural y democrática de los espacios donde hoy se desarrollan la conversación pública, la creación artística y la construcción de los imaginarios colectivos. En una sociedad cada vez más interconectada, donde las fronteras entre lo virtual y lo presencial son cada vez más difusas, contribuir a modelar esos espacios supone también fortalecer la democracia y explorar nuevas formas del reconocimiento de la diversidad.

En este contexto, la experiencia del pueblo gitano adquiere una relevancia singular. Su capacidad histórica para tender puentes entre culturas y convertir la diversidad en una fuente de creatividad y resiliencia ofrece una valiosa enseñanza para el presente. Quizá por ello, una de sus contribuciones más importantes a la Europa del siglo XXI sea recordarnos que el futuro democrático del continente dependerá, en gran medida, de su capacidad para transformar

la pluralidad de ideas y opiniones que circulan en el espacio digital en un proyecto compartido de libertad, convivencia y progreso social y cultural. Evitando así las dinámicas de polarización ideológica y las espirales de odio.

Como nuevo director del Instituto de Cultura Gitana, asumo la responsabilidad de contribuir a que el pueblo gitano siga proyectando hacia el futuro todo aquello que ha aportado a la historia común en el continente europeo. Una tarea inseparable de la construcción de una ciudadanía diversa, basada en la igualdad de derechos, oportunidades y condiciones de participación para todas las personas. Porque una democracia verdaderamente inclusiva no consiste únicamente en garantizar que cada ciudadano pueda expresar su voz, sino también en cultivar la disposición colectiva a escucharla. Implica reconocer el derecho de todos a ser vistos, escuchados y representados, así como la responsabilidad compartida de mirar, escuchar y reconocer al otro como un igual en dignidad.

Solo así podremos seguir construyendo una España y una Europa donde nadie quede atrás; donde la diversidad deje de percibirse como una amenaza para convertirse en un activo cultural y democrático.

Porque las sociedades abiertas se fortalecen creando las condiciones para que personas con ideas e identidades distintas puedan participar en igualdad de condiciones en la vida pública. Es precisamente esa pluralidad de puntos de vista la que alimenta la creatividad colectiva, amplía los horizontes del debate democrático y refuerza la capacidad de nuestras sociedades para afrontar los desafíos de un mundo cada vez más complejo, donde las diferencias no nos dividen, sino que nos vinculan y nos hacen mutuamente interdependientes.

Ismael Cortés

Director del Instituto de Cultura Gitana